HISTORIA

DE LAS

BIBLIOTECAS

MEMORIA

ESCRITA POR

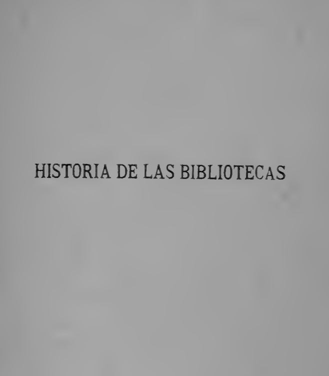
Manuel Valera García



SEVILLA.—1892.

FRANCISCO LEAL Y C.ª EDITORES
HARINAS 3.





HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LAS

BIBLIOTECAS

MEMORIA

ESCRITA POR

Manuel Valera García



SEVILLA—1892.

FRANCISCO LEAL Y C.ª EDITORES

Harinas 3.



SEÑORES:



L presentarme esta noche entre vosotros, siento el temor que acompaña al que carece de méritos y de condiciones. Sin embargo, amante de Sevilla y admirador de sus glorias, propóngome prestar mi débil concurso á la marcha progresiva de vuestros trabajos, siquiera sea como un microscópico grano de arena forma las masas síliceas de los desiertos.

La benevolencia no desmentida en esta sociedad, sírveme de guía para molestar vuestra atención algunos momentos. Podría pareceros árido el tema escogido; más si alguna aridez encontrais, achacadla á mi falta de conocimientos, no á la importancia entrañada por el título de esta memoria.

La palabra Biblioteca quiere decir «lugar destinado á guardar libros,» siendo asi nos atenemos á la definición de un filósofo antiguo, el depósito del espíritu de los siglos de la literatura y del ingenio del hombre.

Débese á las Bibliotecas de los monasterios, en los primeros tiempos de la Era cristiana, la conservación de todo lo existente de la clásica antigüedad en materia de volúmenes. Sabido es que en las invasiones de los bárbaros eran respetados los monasterios en medio de aquella gran evolución de la humanidad: y como cada monasterio tenía su Biblioteca con sus monjes lectores, sus cronistas y copiantes, resultó que á causa de esta circunstancia hemos llegado á conocer todo cuanto hubo de ocurrir en epocas más remotas y anteriores.

Parece que las Bibliotecas más antiguas fueron las de los hebreos. *Moisés* ordenó en el *Deutoteronómio* (capítulo 22) que se colocásen los libros santos en el arca del Señor. Las tablas de piedra en que se escribieron los *Mandamientos*, se hallaban en el arca de la *Alianza*. El legislador hebreo dispuso que se sacaran doce copias de la ley, que luego

distribuyó á las doce tribus. Maymonide asegura que se dió una décimatercera copia á los levitas. Estaba prohibido leer los libros santos, obedeciendo esta prohibición al deseo de evitar alteraciones en el texto original de la ley.

Despues de la cautividad de Babilonia, *Esdra* y *Nehemia* reunieron los libros de Moisés, los de los reyes y los de los profetas que habían podido librarse del saqueo y estragos causados en el templo y sus riquezas. Judas Macabeo restableció las Bibliotecas, hasta Jesucristo. Cuando el Evangelio reemplazó á la ley de Moisés, habia en Jerusalen cuatrocientas cincuenta sinagogas, y cada una de ellas tenía su Biblioteca, donde los judios acudian á leer las Santas Escrituras. Despues de la destrucción de la Ciudad Santa por Tito, los rabinos conservaron y escribieron muchos libros, entre ellos el *Talmud*, pero no pudieron tener ya Bibliotecas.

Mientras tal era la historia de las Bibliotecas en el pueblo hebreo, el Egipto creaba las suyas doce siglos antes de la Era cristiana. *Osymandias*, (1) creó una magnífica, que

(1) Contemporáneo de Priamo.

estaba adornada con las estátuas de todos los dioses egipcios. Sobre el frontispicio de dicha Biblioteca, se leían estas palabras:

Tesoro de ley: Remedio del alma,

Algunos siglos después Menfis tuvo una Biblioteca en el templo de Vulcano. El poeta Náucrates dijo que Homero encontró y estrajo de la referida Biblioteca de Meufis los poemas la Iliada y la Odísea y los presentó como suyos.

Sin género alguno de duda, la más célebre biblioteca de la antigüedad fué la de Alejandría: se atribuye su fundación á Tolomeo Loter, que murió 285 años antes de Jesucristo Buscáronse libros por todo el mundo entonces conocido, y Demetrio de Falero, que fué el organizador de ella, pudo reunir, ateniéndonos al texto de San Epifanio 54.000 volumenes.

El historiador Josefo hace subir el número de volúmenes á 200.000; pero en tiempo de Tolomeo Filadelfo, solo existían 100.000. En esta Biblioteca estaban las obras de Aristóteles, compradas á un precio exorbitante, y en ella se hizo la traducción en Griego del Antiguo Testamento por los 70 intérpretes.

Ultimamente la famosa Biblioteca llegó á constar de 700.000 volúmenes.

Viéndose obligado Julio Cesar á quemar la escuadra en Alejandría, el incendio se estendió por parte de la ciudad y la Biblioteca fué pasto de las llamas. Quemáronse 400000 volúmenes y se salvaron 300000, que reunidos á 200000 que Antonio había regalado á Cleapatra formaron la nueva Biblioteca, cuya importancia no fué menos que la adquirida por la primera.

Despues de estos acontecimientos, los romanos, imitadores de los Griegos, principiaron á consagrarse al amor de los libros. Tenian Bibliotecas públicas y particulares: en las primeras se conservaban las leyes; los senados consultos y los edictos; en las segundas, obras de todas clases ya adquiridas á grande precio. Establecieronse además Bibliotecas sagradas cuyo principal objeto era el de guardar los libros sibílicos, los pontificales y todas aquellas obras cuyos textos eran compatibles con las ideas religiosas.

La primera Biblioteca particular de los romanos fué la que el Senado regaló á la familia de Régulo. La Biblioteca de Paulo

Emilio la trajo de Macedonía. Amío Polion formó otra Biblioteca con los despojos de los pueblos que había subyugado, y la regaló al Senado: la Biblioteca de Lúculo, si hemos de creer á Plutarco, era de las más ricas del mundo; la de Ciceron fué enriquecida con la de su amigo Atico, diciendo que la prefería á todos los tesoros de Creso; la de Julio Cesar fué celebrada por todos los poetas de su tiempo, y de ella estaba encargado el célebre *Varron*.

Allí á la Biblioteca palatina, iban todos los hijos de las musas á depositar sus obras. Por eso decía Horacio:

Escripta palatinus quecunque recepit Apollo

Vespasiano fundó una Biblioteca magnífica en el templo de la Paz: tambien fueron célebres las de Plinio y Silio Itálico, pero la más famosa fué la de Trajano, conocida con el nombre de *Biblioteca á Ulpian.*

Despues de Constantino, y antes tambien en las catacumbas, los primeros cristianos principiaron á crear Bibliotecas, siendo la que, á pesar de las diferencias de religiones, conservaron con profundo esmero los libros de la antigüedad pagana, como lo ates-

tigua los libros de los Santos Padres. El Emperador Juliano, con el afan de cerrar las escuelas cristianas, quiso hacer una revolución en los libros clásicos, pero no pudo conseguirlo. Los historiadores hacen çumplidos elogios de la Biblioteca de San Gerónimo y de la de Jorge, Obispo de Alejandria. San Agustin dice que en la Biblioteca de Hipona se leia diariamente á Homero y á Virgilio. Tambien merecieron celebridad las Bibliotecas de Isidoro de Pelusa, de Isidoro de Sevilla, de Tocio: la de Cesarea, y la de Antioquia, mandada destruir por el Emperador Joviano, á la vez qne las de muchas iglesias.

Los Emperadores de Oriente fundaron, desde 336, la famosa Biblioteca de Constantinopla. Principió en Constantino con 1.600 volúmenes, y en tiempo de Teodosio el jóven tenía ya más de 100.000. En esta Biblioteca se depositó la copia auténtica de las actas del Concilio de Nícea. Existía en ella una copia del Evangelio en una lámina de oro de peso de 15 libras. Esta Biblioteca fué incendiada por Leon III llamado *Isaurico.*

En el siglo octavo Constantino Porfyro-

genete formó una nueva Biblioteca que se conservó hasta principio del siglo 17 que fuá destruida por Amurates (4.º), Volviendo á los tiempos bárbaros ó mejor dicho al periodo de la Edad Media, diré que Casiodoro principió á formar Bibliotecas en los monasterios. El papa Hilario I, fundó dos en Roma; Zacarías organizó otra en la Iglesia de San Pedro: Carlo Magno creó la de la Isla de Barbe, una en Lyon, la de Aix de la-Chapelle y Saint-Gall.

Todos los monasterios y catedrales tuvieron bien pronto Bibliotecas. Las actas de los Benedictinos dan curiosísimos detalles de aquellos monumentos de la inteligencia humana, y de tal modo y con tal aprecio conservan los libros y códices, que habiendo ocurrido un incendio en la célebre abadía de Fleury los monges solo se cuidaban en salvar su Biblioteca, sin pensar en los demás departamentos del edificio. El número de volúmenes en los siglos 10, 11 y 12 llegaba por regla general á más de 100.000 en muchos monasterios, y la fundada por San Luis (rey de Francia) en la Santa Capilla fué objeto de estudio.

En España, fueron acaso las más numerosas é importantes las de la Universidad de Salamanca, Sahagun, Burgos, Granada, Barcelona y Zaragoza. Hoy que se han fundado Bibliotecas provinciales con las de los antiguos conventos, díremos que Madrid posee tres Bibliotecas: la *Nacional*, la de *San Isidro* y la de la *Universidad*.

La primera fué fundada por Felipe V, contando en la actualidad cerca de 500.000 volúmenes y más de diez mil manuscritos, siendo su monetario sin duda el primero de Europa. La segunda pertenecía á los Jesuitas y consta de cerca de 65.000 libros. La tercera es célebre por contener la Biblioteca complutense que fundó el cardenal Ximenez de Cisneros.

Además de estas Bibliotecas existe la del Escorial establecida en el hermoso monasterio de San Lorenzo (real sitio) fundado por Felipe II, y considerado dicho edificio por sus grandezas como la séptima maravilla del mundo. Dicho Monasterio sirve de panteón para la familia real de España, y su Biblioteca es la más grandiosa de Europa.

Barcelona tambien cuenta con soberbias

Bibliotecas, y la mayor parte de nuestras capitales, especialmente Sevilla.

Permitidme, Señores, detenga la relación histórica que voy haciendo, para fijar un exámen de las Bibliotecas de esta ciudad. La Colombina es realmente un magnífico caudal de obras, un compuesto de fuentes, donde el talento podrá encontrar medios de conocer la historia de aquellas epopeyas gloriosas que engalanan las páginas de la historia andaluza. Allí viven los recuerdos del descubrimiento de las Américas, allí se encuentran los sublimes rasgos de aquellos hombres, cuyas cabezas no aceptan todas las coronas mundanas, allí se guarda como oro en paño documentos, manuscritos, fechas, datos, tesoros inapreciables para las inteligencias observadoras. Esta Biblioteca fué fundada por don Fernando Colón.

Además tiene Sevilla la Biblioteca de la Universidad, fundada en 1842 por don Fernando Lafuente; consta de 64.852 volúmenes y 228 manuscritos en vitela y árabe; existen las Bibliotecas del Instituto la Provincial, La Normal, la de la Escuela de Medicina, la del Palacio Arzobispal, Seminario y Ateneo, esta

última data su fundación del año 1886 y cada dia progresa en su colección, gracias al esmero del Ilustrado Bibliotecario señor Gracian.

¡Lástima grande que en esta capital, Atenas antigua y moderna de las letras, artes y ciencias españolas, empório del talento donde tantos hijos ilustres dieron á conocer las ráfagas de sus génios, se encuentren Bibliotecas abandonadas, donde la polilla es el lector más asiduo, y la destrucción el Bibliotecario más constante.

A vosotros los que escuchais, y sobre todo á los que sois maestros toca el remediar esta incuria, que casi raya en crimen çientífico, porque crimen habeis de llamar al abandonar esas Bibliotecas, donde la juventud estudiosa no encuentra más que insectos y volúmenes desflorades.

El gobierno y buena administración del Estado exigen que se conserven y perpetuen aquellas noticias más importantes que trasmiten las glorias de sus pueblos, sus hazañas, sus vicisitudes y contratiempos: y tambien los documentos que comprueban sus contratos con las demás naciones, sus acciones y

derechos en la sociedad general de todos los pueblos, y los títulos en que descansan estos mismos derechos y acciones, y sus propiedades, su comercio y cuanto constituye su ser político y su existencia material.

La administración, pues, tiene un derecho al mismo tiempo que un deber en la conservación de dichas noticias, lo cual no podría verificarse sin que los papeles y documentos que las conservan se reunan y custodien cuidadosamente. Y he aquí, señores; el origen y objeto de los monumentos públicos conocidos con el nombre de *Archivos*.

No fué España, por cierto, la que más atención puso en la conservación de los papeles y documentos que podian interesarla, y este descuido se motejó con razón por las demás naciones.

Verdad es que las contínuas guerras y turbulencias que padeció en distintas épocas, impidieron á la administración que pudiese dedicarse con todo ahinco á tan importante objeto.

La dominación de los moros ocasionó la pérdida de infinitos documentos útiles; á lo cual se agregaba, que no teniendo la corte

un lugar determinado, como puede decirse que no le tuvo hasta el reinado de Felipe II se hacia tanto más difícil la custodia de los papeles que no tenia otro archivo que las manos de los Secretarios y Ministros.

Los reyes D. Juan II y D. Enrique IV, Mandaron al fin recoger algunos papeles y documentos en el Alcázar de Segovia y en el Castillo de la Mata de Medina; hasta que en tiempo de los serenisímos reyes católicos se reconocieron y aumentaron en virtud de diferentes cédulas y disposiciones dirigidas á este fin.

Estas mismas órdenes se repitieron por el rey Carlos I, pero la sublevacion de los comuneros en 1520 las hizo inútiles, pues que estos quemaron cuantos papeles de la Corona y del estado cayeron en sus manos.

Apaciguadas las turbulencias, fué necesario hasta impetrar la Bula de la Santa Sede, en 1531, comprendiendo á toda clase de personas á que entregasen los papeles que tuviesen ó revelasen los parajes en que se encontraban.

Se reunieron pues en bastante número, aunque muchos de ellos inutilizados, por

2

efecto del mismo cuidado que algunos habian puesto en custodiarlos bajo de tierra; pero de todos modos, los papeles así reunidos formaban una colección informe y confusa, hasta que bajo el reinado de Felipe II se puso más atención en su arreglo.

Sin embargo, la traslación de la córte de Madrid á Valladolid, y otra vez á Madrid en tiempo de Felipe III, el descuido que hubo sobre ello en el reinado de Felipe IV, la privanza del Cardenal Duque de Lerma, la del Conde Duque de Olivares, la conducta menos conforme de sus secretarios, todas fueron causas muy poderosa para el extravio de papeles y documentos importantes, el que se separó en cierto modo por la merced hecha al primero de dichos favoritos en real decrede 5 de Abril de 1625 de que retuviese en su poder y en los Archivos de su casa familia, vinculándose en ella los papeles que se dedicó al fin á buscar y recojer, y consiguió en bastante número, mandándose igualmente que se le entregase algunos libros y documentos tocante á la casa de Austria, y otros papeles que habia traido el Archiduque Carlos.

En el reinado de Felipe V, fué cuando con más celo y eficacia se ordenaron y arreglaron los Archivos públicos, se recuperaron en los papeles y se fijó un método constante para en conservación y custidia.

Cuando por efecto de las repetidas turbulencias, las contínuas guerras y las diversas revueltas y sublevaciones, conoció la administración que no era posible, las pérdidas ó extravio de papeles importantes, en tanto que no estuviesen bien custodiados, determinó colocarlos en sitios fuertes y seguros donde se encontrasen á cubierto de cualquier accidente contrario.

Entre estos sitios fué uno el castillo ó fortaleza de Simancas, al cual se mandaron llevar los documentos que se nallaban en otros parajes menos seguro y más expuestos á ser invadidos cuando alguna mera turbulencia apareciese. Este fué el origen de dicho Archivo, cuya antigüedad casi no puede fijarse exactamente.

Despues de estos ligeros detalles, concretaria un poco de espacio á clasificar el cuadro de las Bibliotecas de Europa.

Italia tiene la Biblioteca del Vaticano fun-

dada por el Papa Nicolás V y la cual cuenta con más de 40.000 manuscritos y 30 libros. En Bolonia, Ferrara, Turin, Venecia, Pádua, Milan, Florencia y Nápoles existen grandiosos templos consagrados á las obras intelectuales.

Paris tiene 40 Bibliotecas, las cuales pueden considerarse como las principales de Europa; estas reunen un número de dos millones de volúmenes.

En Bélgica, la Biblioteca de la Universidad de Leida, fundada por Guillermo de Orauge, es la principal, que se compone de 50.000 obras impresas y 10.000 manuscritos. Los hay además en Amsterdam, La Haya, y otros puntos. En Bruselas existe la célebre Biblioteca de Borgoña.

En Alemania es donde hay mayor número de Bibliotecas. En treinta ciudades tan solo se encuentran seis millones de obras impresas.

La Imperial de Austria, fundada por el Emperador Maximiliano pasa hoy de seiscientos mil volúmenes y tiene unos 12.000 manuscritos hebreos, árabes, griegos, latinos y tevecos. Berlin posee siete grandes Biblio-

tecas: Munit y Dresde atesora quizás las más curiosas y notables del Norte de Europa, poseyendo la segunda 3000. Hesse cuenta con la Biblioteca de Cassel que consta de *ochenta milvolúmenes*. Wurtemberg con lade Stugard con *docientos mil* pudiendo decirse lo propio de los demás Estados alemanes.

En Suiza hay cuatro importantísimas Bibliotecas; una en Bále, otra en Berna, otra en Yeveih y otra en Ginebra; todas son ricas en manuscritos, especialmente de la Edad Media. Hay en la primera un Nuevo Testamento escrito con letra de oro, y Erasmo se valió de él para conseguir la versión de este sacrado libro.

En Inglaterra, Escocia é Irlanda, son numerosísimas las Bibliotecas públicas. La de Asaforel es una de las mejores, y tiene asignado 300.000 reales anuales, con cuyo presupuesto compró á Venecia; por el doble de esta cantidad 240 manuscritos hebreos, griegos y latinos.

Suecia, Noruega, Dinamarca, Rusia, Portugal, cuentan con famosas Bibliotecas. En la de Upsal existe el primer libro impreso en Suecia (1483).

No hacemos mención de las Bibliotecas del Asia, pero conste que en China existen las mas antiguas y notables en su género. Lo mismo ocurre en el Japon. En la India la Biblioteca de *Tipo Said* era notabilísima por sus manuscritos en letra saucrita, y hoy se encuentra en Lóndres.

Ultimamente en Constantinopla hay 40 Bibliotecas Públicas. La del Serrallo, Fundada por Selin I, está enriquecida con preciosos manuscritos, y el edificio donde se haya establecida tiene la figura de una cruz griega.

Los Monasterios de *Monte Althos* poseen Bibliotecas que son consultadas por los primeros sabios de Europa.

En Fez (Africa) existe una Biblioteca de 32.000 volúmenes; y allí se conservan *décadas* de Tito-Sirio, las obras de Hipócrates y de Galeno, de Pappu filósofo de Alejandría, y de un gran número de filósofos de la antigüedad. Los literatos de Marruecos se precian de poseer la primera copia del código Justiniano.

Respecto de América, ¿que debemos decir? Nada más que aquel estenso territorio, en sus diversos Estados, se va enriqueciendo

con Bibliotecas excelentes que en su día serán notables. Hoy solo existen constituidas algunas, en los Estados Unidos, siendo la de Filadelfia una de las mejores á pesar de su escaso número de 60.000 volúmenes.

He llegado, Señores al final de mi tarea. El trabajo leido no es mas, que una colección de datos acerca de esas arcas del saber que llamamos Bibliotecas, datos pobres como míos, descarnados de toda gala pero compuestos en fin, algo curiosos, porque curioso resultará siempre todo estudio acerca del progreso obtenido por las observaciones del talento humano.

